

Fisioterapia

Miguel Ángel Vázquez*

El doctor Arnás me dijo que lo mío era incurable y, casi inmediatamente, pronunció el nombre de la doctora Eva Gastán. Por eso odié a Eva Gastán la primera vez que me hablaron de ella. Entró en mi vida porque yo era un inválido irrecuperable.

—Lo siento mucho, Julián. Pero no volverá usted a andar... bien —me informó el doctor Arnás, casi con lástima en la voz—. Quiero decir: a paso lento quizá haya días en que sólo lo note usted. Pero cuando tenga que... ejem... correr..., ejem... no corra nunca, Julián. Su cadera ha quedado muy malparada y sus músculos lumbares y abdominales... Lo hemos intentado. Usted lo ha intentado. La rehabilitación puede mejorar las cosas, pero no hacer maravillas. Esos músculos tenían que estar desarrollados de antemano y...

Torcí el gesto y el doctor calló. Se dio cuenta de su torpeza, supongo. Me estaba diciendo que ya no avanzaría más en mi recuperación y lo hacía como si toda la culpa fuese mía por no haber hecho gimnasia con anterioridad. Como si la culpa no fuese de una imbécil que cogió su coche con tres copas de más y se me llevó por delante. Suspiré. Bueno, la verdad: sentí ganas de llorar. De llorar a raudales, como los niños desesperados, gritando, aporreando la mesa. Claro que hacía ya treinta semanas que me sentía así unas diez veces al día. Hasta cierto punto, ya me había acostumbrado.

Cuando pude hablar, fui colocando velos de esperanza y el doctor los rasgó uno por uno, sistemáticamente. No podría bañarme en el mar, ni siquiera me recomendaba piscinas que me cubriesen; mi capacidad de reacción ante cualquier imprevisto era prácticamente nula. Debería dejar la pesca: demasiadas horas de pie. Del fútbol con los amigos el fin de semana ni hablamos. Los paseos por la montaña, siempre acompañado. Me fui poniendo de peor humor.

—Está bien, está bien —acabé por decir, con malos modos—. Pero por lo menos, podré follar, ¿no? Dicen que follar es bueno para todo.

—Debajo —me informó el doctor Arnás, que me miraba con párpados de plomo—. Colóquese siempre debajo.

Conseguí no echarme a llorar. Pero aporreé la mesa. No pude evitarlo. Las fichas y las recetas del doctor dieron un saltito y un bolígrafo con peana que tiene siempre enhiesto a su derecha se precipitó, desarmándose.

—Lo siento mucho, Julián —respondió el doctor, sin mutarse—. Ahora está usted en manos de la medicina conservadora. Lo mejor que puede hacer por usted es no abandonar el ejercicio suave y someterse a masajes reactivos. Fisioterapia de mantenimiento. Afortunadamente —ensayó, sin éxito, una sonrisa— tiene usted una excelente póliza de seguros. Un cuadro médico muy completo. Pocas personas

pueden permitirse los expertos de la Clínica Carvajal. Los conozco bien. Además, la Clínica está cerca de su casa.

—No me diga —protesté yo más que contesté—. Genial. Así podré ir andando. Pero no corriendo, claro.

El doctor hizo como que no me oía.

—Le voy a dar un volante para Eva Gastán. La doctora Gastán es traumatóloga, fisioterapeuta, acupuntora y quiropráctica, y ha hecho maravillas con muchos enfermos crónicos como usted.

El médico se detuvo bruscamente e intensificó la mirada sobre mí. Yo ha había aprendido, en todas aquellas semanas, a quedarme quieto, sin mover un músculo, en la desesperanza de quien prefiere no preguntarse qué carga traerían esos silencios.

—He dicho maravillas, Julián. Maravillas; no milagros.

Supongo que aquel tipo hacía todo eso por mi bien. Quiero decir: no dejar que me ilusionase ni que creyese en curaciones milagrosas ni cosas de esas. Pero le estaba viendo ahí, blandiendo su bolígrafo frente a mi rostro y salmodiando: «Maravillas; no milagros», y sentía ganas de darle una patada en toda la boca del estómago. Pero hasta eso me lo había quitado Paloma Seijas, o sea la hija de puta que se emborrachó y me atropelló.

Dos días más tarde, entré trastabillando en la Clínica Carvajal. Llovía un montón y la humedad me estaba afectando mucho. Así que en lugar de andar normal parecía un marchador drogado. Caminé parsimoniosamente hasta el mostrador de información y, antes de que llegase, la amable señorita que estaba detrás me informó de que la doctora Gastán estaba aún con un paciente y que debía esperar. Me señaló indolente la puerta de la sala de espera, donde otras personas leían revistas con sus muletas apoyadas sobre las sillas vacías. Pero yo no estaba para muchas comprensiones. Protesté. Le dije que si tenía que sentarme en la sala de espera para luego levantarme y meterme en la sala de fisioterapia y tumbarme en una camilla y todo eso, sometería a mi cadera a un estrés excesivo y que, con aquella lluvia, sabe Dios. Alguno de los pacientes que estaba en la sala de espera abierta me miró por encima de su revista, con un reproche naciendo entre los ojos; pero nadie dijo nada. La telefonista suspiró con fastidio, cogió el teléfono, habló en voz muy baja con alguien y después colgó. Con su más forzada sonrisa me indicó el número de una sala de masajes y me dijo que podía entrar, desnudarme, tumbarme en la camilla boca abajo y, con una toalla encima si tenía frío, esperar. A falta de agradecimientos, gruñí y me fui cojeando hacia la sala designada.

En la sala, efectivamente, hacía frío. Tanto que, cuando estuve desnudo, di varias vueltas mirando con atención las

* Periodista. Madrid (España). Dirección para correspondencia: mangel.vazquez@unespa.es.

paredes, a la búsqueda del mando del aire acondicionado. Pero no lo encontré. Así que hice uso de la toalla. No sin trabajar, me coloqué boca abajo en la camilla y me tapé desde la mitad de la espalda hasta las pantorrillas. Así situado, me encontré algo mejor. De las paredes salía música. Era Sarah Vaughan cantando el *Corcovado: This is where I want to be / here with you, so close to me*. Esa música me había gustado en el pasado. Seguí escuchando; Sarah cantó: *I'm who was lost and lonely / believe in life was only / a bitter tragic joke*. Sentí ganas de abandonar aquella sala.

Traté de relajarme, pero no lo conseguí. La vista oral del juicio de mi accidente todavía no se había producido, pero habíamos tenido varias gestiones ya en los juzgados en las que ambas partes nos habíamos visto. En ese momento, allí tumbado, recordaba a Paloma Seijas, con sus veintiocho años, sus piernas y su pelo, tan largos, su cara de angelito y su cuerpo plano, mirándome en la escalera de los juzgados. Paloma Seijas, moviéndose con gracilidad delante de mí, que subía esas mismas escaleras apoyándose en dos muletas. Y no podía quitarme de la cabeza el sueño de que quien estaba allí, sobre la camilla, con la puta vida destrozada, sabiendo que sería un tullido por el resto de sus años, era ella y no yo. La imaginaba desnuda sobre la camilla y tirando de frío y llorando de pena. Me secaba las lágrimas y trataba de pensar en otra cosa. Pero no lo conseguía. Volvía a imaginarla allí, hundida, impotente frente a la falda de la escarpada montaña de su futuro, incapaz de escalarla, como me sentía yo. Y trataba de pensar en otra cosa y no lo conseguía y me decía que, en el fondo, no quería pensar en otra cosa.

Luiz Bonfá cantaba: *Tristeça non ten fim / felicidade si...*

Repentinamente, la luz murió hasta convertirse en una penumbra espesa. Una tenue bombilla azul se encendió, enfriando aún más el ambiente. Detrás de mí escuché el chasquido de una puerta que se abría. La música se marchó a las profundidades de la pared de donde salía.

—Soy la doctora Eva Gastán —dijo una voz dulce pero distante—. No se extrañe por lo de la luz. Debe usted sentir la terapia. Sentirla con su piel, sus músculos y sus huesos. Los ojos están de más.

—Lo que usted diga —contesté secamente.

—Comencemos.

La toalla se deslizó sobre mi piel hasta que desapareció su tacto por completo. Sentí el frío, pero me preparé con disciplina para la sesión. Me hice una almohada con mis brazos doblados, apoyé la cabeza, cerré los ojos y traté de relajarme. Unos dedos tibios se hundieron levemente en el final de mi espalda. Las manos de la doctora Gastán parecían tratar de agarrar mi columna vertebral como si fuese un jarrón. De abajo a arriba, sus dedos se deslizaban sobre mi piel con facilidad, ayudados por las cremas que ella se había puesto antes de empezar. Pero, de alguna forma, esas yemas no me tocaban la piel; las sentía alcanzando algo allí debajo y provocando un dolor sordo que, cuando desaparecía la presión de los dedos, dejaba como recuerdo una extrema relajación. Y eso una vez, y otra, y otra. Y otra.

—Esto está muy tenso —comentó la doctora, como para sí.

—¿Qué esperaba? —dije yo, de mala gana—. Una... un

conductor borracho me levantó cinco metros del suelo y me desplazó más de veinte. Yo...

—No estamos aquí para escuchar su historia —me contestó ella, seca.

Maldije ser un inválido. Si no lo fuese, habría podido levantarme allí mismo, decir lo que pensaba y marcharme a grandes trancos. Qué se había creído aquella tía. Quién cojones era para tratarme así. Eso pensaba yo. Claro que lo pensaba con ese yo que soy siempre. Quiero decir: el yo que ve, que está vestido, que tiene que soportar el dolor. Pero había otro yo en esa sala: el yo que no ve, el yo desnudo, el yo que, de alguna forma, pedía el dolor, ese dolor pasado por un difumino que dibujaban los dedos de la doctora Gastán en mi espalda y tras el cual quedaba un clamor de nervios adormecidos más placentero que el placer mismo.

—He leído su ficha —dijo repentinamente, y sus palabras coincidieron con un gesto suyo en el que atrapó mi columna vertebral entre sus manos y la estrujó, provocando tibios gemidos en mis huesos—. Pero deje de sentir lástima de usted mismo. En el *hall of fame* de las historias más tristes de este mes usted está por debajo del puesto diez. Y todavía estamos a día ocho.

Permanecí mudo, sin saber qué decir.

Todos pensamos que, al final de la espalda, tenemos una sola zona sensible, que es la columna. Pero cuando me quedé callado, los dedos de la doctora Gastán se desplazaron a ambos lados, alejándose de la columna, y descubrieron otras cosas. Yo no sé qué hay ahí, además de los riñones y esas cosas, pero hay algo. Ella seguía como intentando agarrar porciones de mí en cada embate y, a base de paciencia, fue separando uno a uno los componentes de aquel caos de dolores sedados por la medicación que era mi espalda y despertando, de entre ellos, aquellas piezas de mí mismo que todavía eran capaces de funcionar. Distinguí músculos, nervios, venas, arterias, y sentí mi cuerpo fluir de nuevo, como cuando era una persona normal y lo sometía a un esfuerzo y el torrente interno de sangre se desbocaba. Para cada una de esas pequeñas parcelas de mi espalda en ruinas, las yemas de los dedos de la doctora Gastán tenían un mensaje y un pequeño abrazo. Allí por donde pasaba ella llegaba el dolor, pero un dolor cada vez más sordo que moría en un escalofrío; y ese escalofrío estallaba viajando hacia todas partes, tomándome. Esos pequeños dolores provocados morían dentro de mí con un canto tenue que llegaba hasta mi cuello, a los hombros, a la punta de los dedos de los pies. Obedeciendo a uno de los movimientos de las manos de la doctora, en la parte más baja de mi espalda nació un susurro de placer y, de repente, noté que algo en mi bajo vientre temblaba ligeramente; y con ese temblor me sentía como no me había sentido nunca. Súbita, apareció la idea de que mi cuerpo se estaba descontrolando. Por eso necesité hablar.

—¡Doctora! Oiga, yo...

—Cállese. Ahora, cállese.

Las manos de la doctora abandonaron mi espalda. Ahora estaban en los laterales de mi cuerpo, a la altura de mis costillas. Sus dedos tropezaban con ellas en cada una de sus pasadas. En los espacios entre los huesos, el masaje iba dejan-

do un recuerdo, una leve presión que parecía encontrar el punto justo para enviar un mensaje a la columna, de forma que por esta surgía una pleamar de tenue calor curativo y placentero que bajaba y seguía bajando y se quedaba en la parte posterior de mis muslos, cantando allí melodías muy suaves.

Sendos pulgares entraron en mis axilas y escarbaron sin pudor. Me hicieron sentir como si mis vértebras cervicales se estuviesen disolviendo. Entonces recordé, fugazmente, mis pensamientos turbios inmediatamente anteriores a la llegada de la doctora. Traté de pensarlos de nuevo, pero no pude. Traté de acudir a ellos con más fuerza; eran las reflexiones que estaban acompañándome en todas aquellas semanas, supongo que ya me había acostumbrado a que lo fueran todo para mí. Pero, por más que lo intentaba, no lo conseguía. No conseguía concentrarme en otra cosa que no fuera la agradable sensación en la parte alta de mi espalda.

Entonces lo comprendí.

Sus dedos de nuevo en mi piel. Ella estaba hablando en la oscuridad y yo comprendía. Hablaba en silencio. Sus dedos pronunciaban por ella las palabras de curación. Y veían. Y buscaban. Encontraban. Presionaban cuando, donde, como tenían que hacerlo. Mi espalda no tenía secretos para la doctora Gastán, porque sus dedos la habían comprendido. Habían contemplado dónde estaba el problema, dónde la disfunción, y ahora activaban todos y cada uno de los centros de placer que el dolor, los huesos rotos, los músculos rasgados, habían acallado, traduciendo mi destino en algo inesperado. Había un cuerpo dentro de mi cuerpo y la doctora Gastán o, mejor dicho, sus dedos, lo estaban desenterrando. Sin poder evitarlo, gemí levemente. La doctora había entrado en mí un poco más, justo debajo de mis costillas, encontrando un punto que había encendido brasas en mis ingles.

—Su cuerpo es un gran cuerpo, Julián —continuó la doctora—. Como todos. No lo olvide. Mientras respire, mientras le circule la sangre, es capaz de todo. De cualquier cosa.

Las manos se colocaron en mi cadera. Mi maltrecha cadera. Allí donde sobresale a ambos lados del cuerpo, encima de los muslos, con dos huesos bastante evidentes. Los dedos se deslizaron justo debajo de esos huesos, y entonces descubrí el jardín. Tengo un jardín allí, debajo de ese hueso, un jardín verde y siempre regado y de clima suave. La doctora lo recorría con sus dedos y de ese jardín brotó el mejor olor del mundo, un olor tierno y fresco a flores recién cortadas, una nube que se extendió por todo yo, debajo de mi piel. Hasta el último nervio de mi cuerpo recibió un recuerdo de que la doctora me estaba tocando allí. El placer chirriaba bajo sus yemas y se disparaba hacia todas partes en cada pasada. La piel suave y tersa de la doctora apretaba a veces, a veces cedía en la presión. Siempre era lo que tenía que hacer para mecerme como un barco en cadencias regulares. Me faltó el aire. No me importó. Abrí la boca. Quería gritar. Pero apenas se me escapó un ronquido. Antes de los espasmos, antes de contraer mis nalgas, ya en el mundo real, consciente de lo que me acababa de pasar.

—¡Oh, Dios mío! Doctora, yo... Es que...

Mis oídos no percibieron reacción alguna.

—Ha eyaculado, sí. No se preocupe. Todos lo hacen.

No me atrevía a darme la vuelta. Quería enmascarar el olor con mi propio cuerpo. Escuché un par de pasos.

—Cuando se encienda la luz, estará solo. Le repito que no se preocupe. La puerta azul es una ducha. Deje la camilla como está, no se ponga a limpiarla —las palabras tropezaron en escasos segundos de silencio—. Es parte de la factura. Tiene cita para dentro de un mes, exactamente. A la misma hora.

Aquella tarde me sentía mejor que nunca. Seguía moviéndome con torpeza, eso sí. No había parado de llover y percibía la humedad en mis huesos. Pero, por decirlo así, me sentía capaz de soportarlo.

Descubrí a alguien dentro de mí. Y ese alguien era yo. Un cuerpo es un cofre que esconde un secreto, y ese secreto somos nosotros. Si alguien golpea brutalmente el cofre y, repentinamente, la caja bella de antes es un guñapo de astillas que ha perdido su color, inmediatamente pensamos en la muerte. Para el ser humano, en el fondo, un parálítico es alguien que no piensa, que no siente, que no ama, que no desea. Que no sueña ni se despierta. Pero el cofre es sólo un cofre. Lo importante es el contenido. Y el contenido sólo hay un golpe que puede oscurecerlo de verdad y ese golpe se llama muerte.

Una semana después de acudir a la consulta de la doctora, mi abogado me llamó para comunicarme un acuerdo de las partes. Yo recibiría una cantidad económica muy generosa, suficiente, juzgué, para mantener mi nivel de vida sin trabajar. Al final de nuestra conversación telefónica, me felicitó por «la entereza que estás demostrando últimamente».

Había un trámite en el despacho de mi abogado que había que pasar. Una firma ante testigos, o algo así. Acudí al día siguiente. Nadie me había dicho que Paloma Seijas también tendría que estar ahí. Quizá mi abogado me quiso ahorrar el mal humor y confió en que no coincidiésemos exactamente a la misma hora. Cuando ella entró en el despacho yo estaba ya sentado y había dejado las muletas en el suelo. Nos quedamos uno y otro petrificados, mirándonos en silencio.

—Perdona que no me levante —dije yo y, al instante, fui consciente de mi torpeza.

Ella me dedicó una mirada intensamente desconsolada, pero no dijo nada. Su abogada le dio una palmada en la espalda, sonrió con esfuerzo y dijo:

—Bueno. ¿Terminamos con esto?

El acto jurídico duró muy poco. Nada más acabar, dije que me marchaba. Observé que la abogada de Paloma hacía esfuerzos por enhebrar un hilo de conversación con mi representante: evidentemente, trataba de evitar que saliésemos juntos.

Claro que no contaron con la mejora de los últimos días. Mi abogado tiene el despacho en un primero y yo, movido por el optimismo generado en el masaje de la doctora Gastán, ya me había empeñado en subir a pie y también deseché el ascensor para bajar. Tardé más de diez minutos en recorrer los veinte escalones que me separaban de la planta baja. Justo cuando los terminé, vi cómo en el suelo del portal nacía el rectángulo de luz del ascensor bajando y escuché el chasquido de la parada. Como estaba allí al lado, tomé las dos mu-

letas con la mano izquierda y abrí, solícito, la puerta con la derecha.

Dentro del ascensor, una solitaria Paloma Seijas me observó con pavor.

Yo traté de sonreír.

—No creas que te persigo. Es todo pura casualidad.

Ella salió, modosa, del ascensor. Miraba al suelo. Luego se dio cuenta de que en suelo, entre otras cosas, su campo de visión encontraba mi pierna derecha, destrozada y contrahecha tras el accidente y, con un gesto de pánico eléctrico, volvió la cabeza hacia otro lado. Supongo que fue la vergüenza de un gesto tan evidente lo que pudo con ella. Cuando volvió el rostro, las lágrimas le caían por las mejillas y ya no se recataba de ocultarlo.

—Si... si quieres, te ayudo.

¿Por qué hice lo que hice? ¿Por qué dije lo que dije? ¿Qué extraños mecanismos se habían puesto en marcha en mi interior después del masaje de la doctora Gastán? Me gustaría saberlo.

—Por favor— le contesté, y le agarré su brazo izquierdo con mi mano derecha.

Y así salí del despacho de mi abogado: tristemente millonario, del brazo de la mujer que había destrozado mi cuerpo. Y lo más increíble es que me parecía una situación cotidiana.

Ya en la calle, nos paramos al borde de la acera para esperar un taxi especial que había pedido yo por el móvil. La miré. Tenía los ojos hacia el frente, perdidos en sus remordimientos, y la luz de su presente le pesaba sobre la cabeza hasta hundirla. Se volvió hacia mí. Ya no lloraba. Hablaba con una voz aguda, suave y casi imperceptible, como un niño muriéndose desangrado.

—No te servirá de nada, pero quiero que sepas que me culparé por esto toda la vida. Toda la vida.

—Acabo de firmar un papel en el que dice que no actuaste ni con dolo ni con mala fe.

—No ser culpables no nos convierte en inocentes —respondió virando la voz casi hasta un ronquido.

Su recorrido me pillaba de camino. La invité a venirse en mi taxi. La primera vez que la abracé, sentí que hay algo más allá del dolor. Y ese algo es coherente con un abrazo, no con un golpe. La abracé y la dejé llorar en mí; aquél era ya el único castigo que era capaz de imponerle. La abracé más fuerte. Y luego la besé. Y ella me besó. Ya en casa, toqué su cuerpo y ella tocó el mío. Y las yemas de sus dedos rozaron, livianas, mi piel, y volví a sentir la nube de olor de flores estallando dentro de mí. La llevé a mi dormitorio, la acosté sobre mi cama, ya desnuda, y le hice el amor. Ella, allí debajo, gemía y sonreía.

En el día señalado, un mes después de mi primer masaje, fui a la Clínica Carvajal. Di mi nombre y pedí hora para una sesión con la doctora Eva Gastán. La telefonista consultó mi ficha y frunció el ceño.

—Aquí hay algo que no entiendo —dijo—. Usted estuvo hace un mes con la doctora.

—Exacto —concedí—. Y quiero volver.

—Ya, pero... La doctora Gastán sólo da una sesión por paciente. La primera. Ahora, si fuera tan amable de escoger en esta lista de fisioterapeutas...

Me dieron un papelito con nombres y horarios y al final escogí a un fisioterapeuta que me venía bien por la hora de consulta. La verdad es que me daba igual. Yo quería a la doctora Gastán. Pero no se me ocurrió protestar ni intentar seguirla de nuevo. En veinticuatro horas había aprendido muchas cosas. Nunca hubiera esperado que hubiesen sido diez dedos los que me las explicasen.

Salí de la clínica y eché a andar por la calle. Cojeaba. Y sonreía.

